

# TAXI A PARÍS

RUTH GOGOLL



Un encuentro mágico, una atracción singular en un bar de Berlín cambiará el rumbo de dos mujeres. La protagonista, un prostituta lesbiana (que tiene por clientas a las mujeres más exquisitas de la burguesía alemana) se ve obligada a replantearse sus relaciones cuando conoce a una ejecutiva sensual y apasionada. Este encuentro casual será el inicio de una intensa historia de amor cuyo núcleo argumental se centra en las relaciones sexuales fuera de la pareja. Una historia que explora los límites del amor y del deseo, los recovecos de la pasión y del compromiso. A partir de una inteligente estructura, Ruth Gogoll explora en estas páginas la sexualidad entre mujeres con una mirada distinta y profunda.

# Capítulo 1

—¡Me gusta que las chicas se defiendan! —En su mirada apareció un destello del placer que adivinaba en la batalla, en la conquista, en el sitio. No quería entregarme a ella y, sin embargo, mi cuerpo entero se moría por acariciarla y por recibir sus caricias—. ¡Vamos, dime otra vez que no quieres, que me odias! —Se echó a reír. Su risa era cínica y provocativa.

—¡Te odio! —grité.

Era la verdad, pero eso no impedía que me consumiera de deseo. Y me odiaba a mí misma por obedecer su voluntad. Lo que menos deseaba era complacerla. Su deseo era cada vez más y más intenso. Cuando se acercó a mí, sus ojos centellearon. Separó los labios y vi el brillo de sus dientes. Sacudí la cabeza de un lado a otro, con la intención de zafarme de ella, pero la mujer me empujó contra la pared y me sujetó las muñecas con fuerza.

—¡No, no quiero, así no!

No me soltó, pero inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Eso es, defiéndete. Me encanta. —En su voz ronca se adivinaba la excitación.

Tensé el cuerpo y ella, rápida como el rayo, aprovechó la ocasión para plantarme un beso en los labios e intentar abrirse camino con la lengua entre mis dientes apretados. Me empujaba contra la pared con todo el cuerpo. No me quedó más remedio que abrir la boca para coger aire y fue entonces cuando ella me penetró con la lengua, cuando se

apoderó de mí. La pasión y el placer casi me hicieron perder el conocimiento, aunque también noté las náuseas que me subían desde el estómago hasta la garganta.

Le di un mordisco y ella apartó rápidamente la cabeza, pero no me soltó las muñecas. Sus manos me apretaban con la misma fuerza que unas esposas. Tuve la sensación de que no era la primera vez que hacía aquello, de que ya estaba acostumbrada. Me observó con una mirada feroz, mientras se limpiaba con la lengua una gota de sangre del labio. Me resultaba imposible librarme de aquella mirada.

—Eres una gatita muy mala... A ver si al final va a resultar que me he equivocado contigo. Pensaba que eras una burguesita aburrida, de esas que lo único que hacen es tumbarse y abrirse de piernas...

Vi un destello de esperanza.

—¡Sí, sí, eso es lo que soy, un burguesita aburrida! —A lo mejor así conseguía que me dejara en paz, pensé.

—No, no, no. —Se echó a reír de nuevo, con la voz ronca por el deseo—. Ahora ya es demasiado tarde. Te he caído. Lo estás deseando. Quieres sentir miedo y dolor porque eso te excita.

¡Admítelo! —Seguía sujetándome las muñecas con fuerza. Me estaba haciendo daño y grité—. ¡Eso es, grita! ¡Grita todo lo que quieras! —Su voz era un jadeo ronco y apasionado.

Tuve miedo. El dolor no me había despejado, como yo esperaba, sino todo lo contrario: lo noté entre las piernas, exactamente como ella había dicho. Me pregunté si realmente era aquello lo que yo buscaba. Ella se dio cuenta de mi indecisión y me besó de nuevo, pero esta vez no traté de escapar: me metió la lengua casi hasta la garganta con una fuerza brutal. Pensé que iba a vomitar pero justo antes de llegar a ese extremo, ella retiró la lengua. Desde luego, era toda una experta. «¿Con cuántas mujeres lo habrá hecho?», me pregunté. Tal vez había más mujeres aficionadas

a estos juegos de lo que yo creía. «¿Y yo? —me pregunté—. ¿Yo también soy así? ¿A mí también me gusta?».

Ella atacó de nuevo. Sentí que me vencía la necesidad de contraatacar, de participar, de no mantener una actitud pasiva y permitir que me utilizara. Pero no, nunca, eso era justamente lo que ella quería, y yo debía defenderme. Eso era lo que me decía mi cabeza, aunque el traidor de mi cuerpo opinara otra cosa. Ya casi no podía soportar el deseo, que cada vez era más fuerte. Me temblaban las rodillas; ella se dio cuenta y aflojó un poco la presión en mis muñecas.

Busqué su lengua con la mía. Ella se apartó durante apenas un segundo y me contempló sorprendida. Después metió la lengua otra vez en mi boca, tan a fondo y con tanta fuerza que casi me ahogó.

De repente, me soltó las muñecas y apoyó las manos en mi cintura.

Tensé el cuerpo, a la espera de que volviera a hacerme daño. Me sacó la camisa de los pantalones y casi de inmediato empezó a acariciarme la espalda. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo.

Ahora que ya no había ningún obstáculo, me clavó las uñas en los hombros y yo gemí de dolor. Muy despacio, dejó resbalar las uñas por mi espalda hasta llegar a la cintura. Me sentí como si me estuvieran arrancando la piel a tiras, aunque el dolor no era tan intenso como para no poder soportarlo. Gemí de nuevo, un poco más alto esta vez, aunque no sé si de dolor o de placer.

—Vamos, dímelo, dime que te gusta —murmuró junto a mis labios.

Me empujó con las caderas hacia la pared y me inmovilizó.

Intenté arquear el cuerpo para rozar sus caderas, para restregarme contra su cuerpo, pero... «¡No!», me dije. «¡Esta no soy yo, es mi pelvis, que se ha independizado de mí!

¡Traidora!», gritó una voz en mi interior. El deseo era cada vez más intenso.

—Te gusta... ¡dilo! —insistió. Noté su aliento cálido junto a mi boca.

—¡No! —Giré la cabeza hacia un lado y traté de soltarme.

Ella me empujó de nuevo, se inclinó un poco hacia atrás y me arrancó la camisa. Me hervía la sangre. ¡No, aquello era intolerable! Dejé caer la camisa al suelo, a mi lado, y se inclinó sobre mí una vez más. Pensé que se proponía besarme otra vez (¿besarme?, ¿se podía llamar beso a aquella especie de estrangulamiento brutal?) y aparté la cabeza a un lado. Ella no siguió mi movimiento, sino que apoyó la cabeza en mi hombro y, de inmediato, noté un dolor muy agudo. Volví a gritar, aunque tenía los labios apretados y me había propuesto no hacerlo.

—Oh, sí, grita, vamos, grita —insistió, con voz ronca. Inclinó de nuevo la cabeza hacia mi hombro.

—No... por favor —le supliqué. Ella volvió a mordirme y noté un dolor mucho más agudo que la primera vez. Las rodillas ya no me aguantaban, pero ella me sujetó con fuerza y me empujó hacia la pared como antes. Me acarició un pecho con la mano y me frotó el pezón, que estaba duro como una piedra, con la palma. Se me escapó otro gemido, pero esta vez de deseo.

—Es muy sensible —dijo, con una sonrisa más que obvia.

Me invadió de nuevo el pánico.

—Por favor, no hagas eso —susurré, temblando de miedo.

Levanté las manos en actitud defensiva y traté de apartarla de mí, pero ella me las sujetó de nuevo con fuerza y las condenó a la inactividad. Se echó a reír, excitada, y forcejeó medio en broma conmigo. Poco a poco, bajó la cabeza hacia mi pecho y se pasó la lengua por los labios. Tense el cuerpo una vez más, aunque estaba temblando de

pies a cabeza. Mi cuerpo entero era como un arco tensado que se preparaba para el dolor. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos. Tenía los pezones tan sensibles que sabía que no podría resistirme a sus caricias.

Me chupó el pecho y me acarició el pezón con la lengua, una y otra vez. Ni el miedo que tenía en ese momento impidió que sus caricias me excitaran. De nuevo quise empujarla con las caderas, pero un sudor frío me cubrió la piel. Ella me miró y sonrió.

—Tienes miedo —dijo, satisfecha.

—Sí —respondí. De todas formas, no tenía mucho sentido negarlo—. Me vas a hacer daño. —Traté de que mi voz sonara lo más tranquila posible.

Y cuando menos me lo esperaba, me soltó. Sin dejar de mirarme, dio un pequeño paso hacia atrás, me agarró por la cinturilla del pantalón y me desabrochó el botón. Acto seguido, y con un gesto rápido, me bajó la cremallera. Me apoyé contra la pared, como si estuviera paralizada, y ella se dio cuenta de que ya no tenía intenciones de defenderme. En su rostro apareció un gesto de decepción.

—Oh, venga, no me estropees la diversión.

—¿Diversión? —Monté en cólera—. ¡Pues será para ti!

¡Mierda, aquello era exactamente lo contrario a la verdad! En sus ojos apareció de nuevo una mirada de deseo contenido.

—Así está mucho mejor. —Se acercó y colocó una mano a cada lado de mi cabeza, pero sin llegar a tocarme—. Eres una gatita muy mala —me susurró al oído. Después me mordisqueó el lóbulo de la oreja y yo volví a tensar el cuerpo, a la espera de que me mordiera con fuerza en cualquier momento. Dejó resbalar los labios por mi cuello y yo experimenté sucesivas oleadas de placer, miedo y deseo que me recorrieron todo el cuerpo. Ella se rio en voz baja, satisfecha. Noté su aliento cálido sobre mi piel—. Sí, así está mucho mejor. Tienes miedo, pero te gusta.

La rabia me hizo cometer un error.

—Sí, me gusta. —Recobré las fuerzas y la aparté de un empujón. Ella saltó ágilmente hacia atrás y yo le lancé una mirada furibunda—. Pero no quiero que me lo hagas a la fuerza. No quiero dolor: quiero deseo, ternura, pasión, excitación y todo eso, pero nada de fuerza brutal, porque es...

—Busqué una palabra que transmitiera lo que sentía.

Ella arqueó las cejas, con un gesto burlón.

—¿Perverso? —dijo.

—Sí... ¡Sí, perverso! —le grité, furiosa con ella y conmigo misma y con aquella palabra que nunca antes había empleado. Siempre me había dado rabia que los petulantes burgueses utilizaran esa palabra para afirmar su propia «normalidad» y desacreditar a los demás. Todo aquel que fuese distinto a ellos (daba lo mismo el motivo: homosexuales, comunistas, lo que fuera) era difamado indiscriminadamente. Mi rabia, sin embargo, solo duró unos instantes, pues dio paso de inmediato a otra sensación: la de que todo aquello no tenía sentido. Crucé los brazos a la espalda y me apoyé en la pared—. Y ahora, por lo que a mí respecta, ya puedes ir a buscar tu látigo o lo que sea y pegarme —dije.

Dejó resbalar su mirada por mi rostro.

—Estás preciosa cuando te enfadas —me dijo, con voz muy suave.

Quise protestar por aquel tópico, que parecía sacado de una pésima peli porno de los setenta, pero no me dio tiempo porque su boca ya había sellado la mía. Esperé la penetración violenta de su lengua, pero se limitó a acariciar con ella mis labios cerrados. El cosquilleo era ya insopportable. Cuando abrí la boca, jugueteó dulcemente con mi lengua y me acarició la punta hasta que el deseo casi me hizo gritar. La boca era la única parte de su cuerpo que me tocaba y tuve la sensación de que el aire que había entre nosotras crepitaba.

Levanté las manos. No, no quería tocarla. Mientras ella seguía besándome, me empezaron a temblar los brazos, hasta que finalmente suspiré, dejé caer las manos sobre sus hombros y la atraje hacia mí. Noté en mi piel el frío de los botones de su blusa.

Ella suspiró de placer entre mis labios y me rodeó con los brazos.

Sus gestos eran suaves y delicados y me pregunté qué había motivado aquella repentina transformación. Me empujó de nuevo hacia la pared y colocó una pierna entre las mías. A pesar de la ropa, aquel roce me hizo enloquecer. Gemí y empecé a frotarme contra ella, pero al instante me reprimí. Habíamos llegado de nuevo al punto en que ella me haría daño, es decir, me había sometido de nuevo a su voluntad. Me quedé muy quieta. Ella se dio cuenta, dejó de besarme y se apartó un poco para mirarme.

—Estás confundida. —Lo afirmó sin entonación alguna, pero no le respondí. Me pregunté qué pensaba hacer a continuación. Levantó una mano y me acarició la cara. Yo no me moví y ella dejó caer la mano, que resbaló por mi brazo y por mi costado hasta la cintura. La mano se quedó allí, mientras ella me devoraba con la mirada. De nuevo me observó con su poder hipnótico—. No te voy a hacer daño —afirmó, categóricamente. Metió la mano por debajo de mi ropa y yo noté un escalofrío por todo el cuerpo—. Te deseo —dijo—, te deseo tal y como eres. —Siguió acariciándome, cada vez más abajo, con una lentitud insoportable. Mi cuerpo entero ardía de deseo—. Quiero oír tus gemidos y tus gritos, pero no de dolor. —Rozó con los dedos el inicio de mi vello púbico y siguió bajando, torturándome con sus caricias, sin dejar de mirarme. Tensé los músculos de los hombros y me apoyé en la pared. Ella me rodeó con el otro brazo y me sujetó con fuerza. Su mano permaneció inmóvil entre mis piernas y yo, gimiendo de placer, traté de frotar mi cuerpo contra esa mano. El interior de mi cuerpo era como un volcán en erupción y notaba mi propia hume-

dad acumulándose entre sus dedos. Estaba tan excitada que balanceaba mi cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Ella retiró la mano y yo expulsé de golpe el aire que había en mis pulmones.

—No —gemí—, has prometido que no me ibas a torturar... Por favor...

Ella soltó una alegre carcajada.

—He prometido que no te haría daño. Y no te voy a hacer daño.

Pero esto es completamente distinto.

Acarició mi entrepierna por encima de la ropa y yo gemí de nuevo, sin poder ocultar mi impaciencia, mientras arqueaba el cuerpo. Apoyó las manos en mis caderas y me empezó a bajar el pantalón, muy despacio. La verdad es que se tomó su tiempo.

Durante lo que me pareció una eternidad, me acarició con las manos, primero hacia arriba y luego hacia abajo. Cuando por fin me hubo desnudado, se inclinó sobre mí y me acarició el pecho con los labios. Allí donde me tocaba, mi piel era puro fuego. Finalmente se acercó al pezón y yo tensé el cuerpo una vez más. Ella reaccionó de inmediato.

—Te lo he prometido —murmuró, antes de mirarme—. No haré nada que tú no quieras.

—Sin embargo, yo no podía aterciopelarme, pues el miedo estaba demasiado arraigado en mí. Ella volvió a acariciarme el pecho con los labios y después, con una ternura infinita, lo lamió con la lengua.

La sensación que me produjo acabó con todas mis reticencias.

—Oh, sí —suspiré.

Alternó las manos y la lengua para acariciarme los pezones, duros y erectos. Al llegar a ese punto yo ya no podía contener mi deseo y, desde luego, no habría sido capaz de impedir que me hiciera cualquier cosa, fuese lo que fuese. De repente, su cara estaba delante de la mía: recorrió mis labios sin prisas, casi sin tocarme. Yo quise retenerla, pero

ella sonrió y se apartó. Dejó resbalar la mano por mi pecho y por mi estómago y por último la introdujo entre mis piernas. Con dos dedos, me acarició suavemente la parte interior de los muslos: los movió desde atrás hacia delante, de un lado a otro, hasta que tocaron el centro. Me agarré a su brazo y ella empezó a frotarme con más fuerza, mientras buscaba con movimientos circulares el punto más sensible. Me sentía a punto de explotar. Ella apretaba cada vez con más fuerza, hasta que encontró el orificio.

—¡No! —Aparté mis labios de los suyos. Se detuvo de inmediato y volvió a rodearme con sus brazos.

—¿Qué te ocurre?

—No me... no me gusta. —Tragué saliva con dificultad—. Prometiste que...

Se echó a reír con ganas.

—No lo he olvidado. No hace falta que me lo recuerdes todo el rato.

—Lo siento, tengo mucha sensibilidad... en esa zona.

—Sí, la verdad es que tienes mucha sensibilidad, ya me he dado cuenta. —Tuve la sensación de que no me hacía caso, pero de repente noté preocupación en su tono de voz—. ¿Te duele?

No me quedó más remedio que responder.

—En realidad... no, no mucho. Yo... bueno, la verdad es que no lo sé.

—¿Que no lo sabes?

Fijé la vista en el suelo, tras ella.

—No —afirmé, con actitud desafiante.

Se echó hacia atrás y me contempló desde cierta distancia. Por la forma en que me ardía la cara, supongo que estaba roja como un tomate. Me puso un dedo bajo la barbilla y me obligó a levantar la cabeza.

—Pero yo no soy la primera mujer con la que te acuestas, ¿verdad?

—No... —Me observó con atención. Obviamente, esperaba que aquel gesto fuera más eficaz a la hora de hacerme

hablar que las preguntas directas—. Quiero decir... he estado con muchísimas mujeres, pero así no. ¡Es que no puedo! —enfaticé, en un tono desafiante. Me di la vuelta y me quedé de cara a la pared.

—¿Y ese es el único motivo?

La pared me protegía, al menos de su mirada directa, pero aun así tuve la sensación de que me estaba perforando la espalda con los ojos.

—¿No te parece motivo suficiente?

—¿No has estado nunca con un hombre...?

Apenas la dejé terminar.

—¡Pues no! —dije. Me di la vuelta para mirarla—. ¿Debo estar avergonzada?

Seguía observándome atentamente.

—No, claro que no. ¿Qué es lo que estás pensando? Quería decir en contra de tu... —Se interrumpió.

—¿En contra de mi...? Ah. —Entonces lo entendí—. No, no me han violado. —Suspiró, aliviada, pero yo estaba más enfadada que nunca. ¿Por qué de repente se mostraba tan preocupada?—. Y hasta esta noche, nadie lo había intentado —dije entre dientes, furiosa.

Se volvió y cogió aire. Después me miró de nuevo. En su rostro impenetrable no se movía ni un solo músculo.

—Pues entonces, no hay ningún problema.

Yo estaba que echaba chispas. O sea, que ahora pensaba que no había ningún problema. Ella volvió a suspirar.

—Lo de antes ha sido un... —hizo una pausa para reflexionar— un malentendido. —Y como si con eso se arreglara todo, se acercó lentamente hacia mí, con una sonrisa en los labios. Según ella, el intento de violación era un malentendido. Quise creer que no me consideraba tan estúpida y, desde luego, ella tampoco lo era. Había seguido con mucha atención las expresiones de mi cara. Suspiró de nuevo, pero esta vez pareció resignada—. Sí, ya sé lo que estás pensando, pero a muchas mujeres —prosiguió— les gusta así. Y por eso me eligen a mí. —Me observó con una mira-

da triste—. Evidentemente, tú no lo sabías y yo he pensado que... —Se echó a reír, pero su risa era amarga—. Como he dicho antes, un malentendido.

Para entonces, yo estaba más que confundida.

—¿Qué es lo que no sabía? —En alguna parte de aquel caos tenía que haber una pista que me ayudara a desentrañar el misterio.

Me observó abiertamente, con una mano apoyada en la cadera.

—¡Soy una puta, cielo! —Me quedé perpleja. Obviamente, ese era uno de los efectos que ella buscaba. El otro era hacerme sentir asco, pero no le salió bien.

Se alejó unos cuantos pasos de mí y se dedicó a contemplar por la ventana el parpadeo de un rótulo de neón.

—Ahora puedes irte si quieres, no te retendré. —Habló en mitad de la oscuridad. Tenía la espalda recta como una tabla.

Me acerqué hacia donde estaba mi ropa, pero luego me detuve.

No quería irme, eso lo tenía muy claro, pero... ¿qué otra cosa podía obtener allí? Aquella mujer era una prostituta, y esperaba que yo le pagara por un «servicio» que yo ni siquiera sabía que estaba recibiendo. Se ajustó a mis deseos cuando se dio cuenta de que yo quería algo diferente: para prestar un buen servicio, hay que adaptarse a los gustos del cliente. ¿El cliente? De repente, me vi a mí misma con muy malos ojos.

Se volvió y me observó con frialdad.

—¿Quieres que me vaya? —Su tono de voz era glacial. De repente, me di cuenta de que estaba desnuda. Cogí la blusa y me la puse a toda prisa.

—No, eso sería absurdo.

—Muchas mujeres quieren quedarse solas después —dijo, encogiéndose de hombros—. A mí me da lo mismo. —Su voz era glacial y dulcificante al mismo tiempo, lo cual

es una contradicción en sí misma. Sin embargo, esa es la impresión que tuve.

Me abroché la camisa sin dejar de mirarla. Estaba allí plantada, con los brazos cruzados, las piernas separadas y el aspecto de una fortaleza imponente. Me acerqué a ella. Siguió mi avance con la mirada, pero no se movió. Me quedé parada delante de ella y alcé los ojos hacia su rostro. Madre mía, pensé, por lo menos mide metro ochenta y cinco. —No quiero quedarme sola y tampoco quiero irme—. La observé sin inmutarme.

Arrugó los labios en un gesto burlón y me miró.

—¡Ah, la señorita le está cogiendo el gusto a esto! —Se echó a reír, pero su risa me sonó muy sentimental. Se inclinó un poco—. Hasta hace un momento no lo sabías y estabas enfadada. Ahora lo sabes y ya... —chasqueó los dedos— te excita. Hasta hace un momento, no era más que una aventura exótica, algo fuera de lo habitual. ¿Me equivoco? Pero ahora... ¡qué oportunidad! ¿Cómo será acostarse con una mujer que lo hace por dinero? Te gustaría saberlo, ¿verdad? ¿Por qué no probarlo, ya que estamos aquí? — Me dio la espalda y se desabrochó los puños de la camisa—. Espero que te hayas traído el talonario —añadió, por encima del hombro—, porque soy muy cara.

Se quitó la camisa con un gesto rápido y la dejó caer sobre una silla. Me fijé en su espalda tersa y oí el chirrido de la cremallera. Se quitó las botas de una sacudida y, un instante después, los pantalones fueron a parar al mismo sitio que la camisa. Estaba completamente desnuda. Con un movimiento enérgico, se dio la vuelta y mantuvo los brazos alzados durante unos segundos.

—Aquí me tienes —dijo—, a tu disposición.

Finalmente tenía la oportunidad de volver a mirarla y confirmar una vez más lo que ya había advertido a primera vista: que era increíblemente hermosa. Me acerqué y la toqué. Su piel irradiaba frío, como si fuera una estatua de mármol.

—No —negué con la cabeza—, no, no pienso hacerlo. No te voy a tratar como a una puta solo para que puedas librarte más fácilmente de mí —dije, mientras retrocedía.

—Pero cielo. —Arqueó las cejas, como si quisiera expresar perplejidad por el hecho de que, obviamente, yo desconocía las reglas—. Tú me pagas y yo soy una puta. Ven aquí. —Sonrió con mucha profesionalidad y se acercó a mí. Alargó la mano hasta mi oreja y me acarició con el pulgar una zona muy sensible, justo debajo del lóbulo. Cerré los ojos—. Eso está mucho mejor —ronroneó. Quise olvidar, dejarme llevar por la placentera sensación que me producían sus caricias, pero no pude. Abrí los ojos y me di cuenta de que ella seguía sonriendo con mucha profesionalidad—. ¿Qué te gustaría hacer? Dímelo, aunque no sea muy habitual. Haré realidad todos tus deseos. Déjate de inhibiciones.

Interpretaba su papel como si fueran los créditos iniciales de una película. De repente, sonrió con aires de complicidad. Dejó de acariciarme tras la oreja y deslizó las manos por mi cuerpo hasta llegar a las nalgas. Se arrodilló y entonces comprendí lo que le rondaba por la cabeza: hasta entonces no me había dado cuenta porque había estado demasiado pendiente de su interpretación y de mis sensaciones. Le aparté la cabeza.

—¡No hagas eso!

Se le borró la sonrisa del rostro. Se puso de pie con una expresión de indiferencia y me observó con frialdad.

—Como quieras. Es tu dinero. Si lo prefieres, puedes pegarme por el mismo precio.

En toda mi vida, nunca había estado en una situación íntima con una mujer capaz de desconectar con tanta rapidez. Me ponía nerviosa. Quería saber qué sentía en realidad, pero me daba rabia que me dominara de aquella manera. Y jamás se me ha dado muy bien ocultar la rabia... Le lancé una mirada cargada de indignación.